producciones que enferman el alma i acaban por matar sus afectos.

Vayan, pues, al hogar estas «JOYAS,» i sean las maravillas de los sueños de los niños, los ensueños del joven i los consuelos del anciano; i si este libro, lectora mía, tiene la dicha de posarse en tu elegante falda perfumada o de ser aprisionado por tus manos aristocráticas, sean tus miradas las que con su fuego den vida a las páginas que te ofrece humildemente

LÁZARO PAVÍA.

EL HADA AMOROSA

OYES, querida Ninon, cómo azota la lluvia de diciembre los cristales de nuestro cuarto? El viento se queja por los largos corredores, en esta horrible noche en que los pobres tiritan a las puertas de los ricos que tiemplan su frio al compás de los valses bajo dorados techos. Arroja lejos de ti esos zapatitos de raso, siéntate sobre mis rodillas al lado del templado hogar; quítate tus lujosos adornos i escucha un cuento que voi a contarte, un cuento de hadas.

Ya sabrás, niña mia, que había en otros tiempos, sobre la cumbre de una montaña, un viejo castillo lúgubre i sombrío, rodeado de almenas, torreones i puentes levadizos cargados de cadenas. Unos hombres cubiertos de fuertes armaduras velaban noche i día sobre sus murallas, sin dejar acercarse a la fortaleza más que a los soldados i guerreros, únicos huéspedes admitidos por el Conde de Euguerrand, señor del territorio.

Si hubieras visto al viejo guerrero pasearse a lo largo de las galerías, i escuchado el timbre de su voz breve i amenazadora, hubieras temblado de terror como temblaba su sobrina Odetta, piadosa i linda señorita. ¿No has visto por las mañanas abrirse las capuchinas a los prime-

ros besos del sol entre espinas i zarzas? Así crecía la joven entre aquellos hombres rudos. Cuando niña siempre suspendía sus juegos al divisar el fiero rostro de su tío, para echarse a llorar amargamente; entonces, que ya era joven hermosa, su seno se oprimía de un terror más intenso cada vez que aparecía el señor de Euguerrand.

Siempre permanecía encerrada en alejado torreón ocupada en bordar banderas, en elevar a Dios sus plegarias i en contemplar por la ancha ventana la campiña color de esmeralda i el cielo azul. ¡Cuántas noches se arrojaba de su lecho para entretenerse en la contemplación de las estrellas i preguntarles con fraternal cariño qué clase de sentimientos eran los que agitaban su corazón de diez i seis abriles! Después de aquellas noches sin sueño, después de aquellas ansias de amor, hubiera deseado poder oprimir en sus brazos al anciano señor; pero una frase seca, una mirada fría la detenían i volvía temblorosa a comenzar su tarea. Compadécela, Ninon, era como una flor fresca i perfumada que ve despreciado su embalsamado brillo.

Un día que la desolada Odetta seguía con la vista a una pareja de tórtolas que volaban, oyó al pie del castillo una voz dulce; se inclinó sobre el alféizar de la ventana i vió a un hermoso joven que con sentida canción pedía hospitalidad. Desde la altura no comprendía el sentido de sus frases; pero la dulce voz oprimió su corazón hasta el punto de hacer brotar lágrimas de sus ojos, las cuales rodando por su mejilla cayeron en una ramita de mejorana puesta en su pecho.

El castillo permaneció cerrado i un hombre de armas gritó desde los muros:

—Retiraos: sólo admitimos guerreros.

Odetta siguió mirando i tan absorta quedó, que dejó caer la ramita de mejorana, húmeda por sus lágrimas, a los pies del cantor, el cual levantó los ojos i al ver la rubia cabeza cogió la rama, la besó i huyó con ella, volviendo de vez en cuando la cabeza.

No bien hubo desaparecido, prosternóse la niña en su reclinatorio i oró largo rato, dando gracias al cielo por la alegría que inundaba su alma sin causa conocida.

Aquella noche tuvo un hermoso sueño. Parecióle ver salir de entre las hojas de la mejorana una hada encantadora con alas de fuego, corona de miosotis i una larga túnica verde, color de esperanza.

—Odetta—dijo con harmoniosa voz—soi el hada amorosa. Yo fuí quien encaminé hacia aquí a Lois, el dulce cantor de esta mañana, para ver si consigo enjugar tus lágrimas. Voi por la tierra uniendo amantes corazones, i del mismo modo visito las chozas que los palacios señoriales; más de una vez junté el cayado al cetro real. Siembro de flores el camino de mis protegidos, los encadeno con hilos tan brillantes i preciosos que sus corazones se estremecen de placer. Habito en las yerbas del campo, en los calcinados troncos del hogar, en los cortinajes de nupciales lechos, ¡i por doquiera que poso mi planta nacen los besos i las tiernas caricias. No llores más, Odetta, soi Amorosa, el hada benéfica que viene a enjugar tu llanto.

I al terminar su discurso volvió a encerrarse en el cáliz de la flor, que se hizo capullo al plegar sus hojas.

No ignoras, Ninon mía, que existe el hada Amorosa; mírala revolotear por nuestro hogar i compadece a las pobres gentes que no creen en el hada benéfica.

Al despertarse Odetta, un rayo de sol iluminó su estancia, el canto de los pájaros llegó hasta ella, i el viento matutino al acariciar sus rubias trenzas parecía decirle: «espera.» Levantóse alegremente i pasó el día cantando, esperando lo que el hada le dijo, sin dejar de contemplar la campiña, sonriendo a los pajaritos, sintiendo desconocidos deseos no revelados hasta entonces.

Al llegar la noche descendió al salón del castillo donde, cerca del Conde Euguerrand, se hallaba un caballero escuchando los relatos del anciano. Cogió la rueca, sentóse ante el hogar, i el hueso de marfil giró rápidamente entre sus dedos. Cuando más absorta parecia hallarse en su labor, dirigió al caballero una mirada, i grande fué su asombro al reconocer en él a Lois, el cantor, mostrando en su mano la ramita de mejorana. Un grito de alegria quiso brotar de sus labios; pero consiguió ahogarlo en su garganta i ocultar su rubor inclinándose sobre la débil lumbre que en el hogar quedaba, con el pretexto de arreglarla con las pesadas tenazas de hierro. Chisporroteó la lumbre, cesaron las llamas, i de entre las escapadas chispas surgió Amorosa sonriente i apresurada. Sacudió de su traje verde las abrazadas partículas que corrían sobre la seda semejantes a culebrerías de oro; avanzó hasta la sala i fué a colocarse, invisible para el Conde, detrás de los enamorados jóvenes, murmurando en su oído mientras el viejo narraba un espantoso combate contra los infieles, estas palabras:

—Amaos, hijos míos. Dejad los recuerdos a la vejez austera; dejadla también los largos relatos contados al lado de los ardientes troncos. Que al resplandor de la llama no se mezcle más que el ruido de vuestros besos; ya tendreis tiempo de endulzar vuestras penas al recordar tan dulces horas. Cuando se ama a los veinte años, es inútil la voz; más dice una mirada que un largo discurso. Amaos, hijos míos, dejad hablar a la vejez.

Cubriólos tan bien con sus alas, que el Conde, explicando cómo el gigante Cabeza de hierro fué derribado por un terrible mandoble del caballero Giraldo de la fuerte espada, no vió a Lois depositar el primer beso sobre la frente de la temblorosa Odetta.

Las alas de mi hada Amorosa eran transparentes como el cristal i menudas como las de un mosquito; pero

cuando los dos amantes se hallaban en peligro de ser vistos, hacíanse tan obscuras, tan espesas, que encubrían las miradas ahogando el ruido de los besos. Así es que el guerrero continuó largo rato su prodigiosa relación, mientras Lois acariciaba a la bella rubia en las barbas del malvado señor feudal.

¡Qué hermosas alas, Dios mío! muchas jóvenes me han dicho que las encuentran por doquier i gracias a su protección pueden ocultarse a los ojos de sus guardianes. ¿Lo crées tu, Ninon?

Así que el Conde terminó su historia, el hada Amorosa desapareció entre las llamas i Lois se alejó dando gracias al caballero i enviando un último beso a Odetta. La joven durmió tan dichosa que aquella noche soñó con montañas de flores iluminadas por millares de astros, cada uno mil veces más brillante que el sol.

Bajó a la mañana siguiente al jardín, internándose por las más sombrías calles, i allí encontró a un guerrero que la saludó acercándose i oprimiendo en su mano una rama de mejorana bañada en lágrimas, por la cual reconoció otra vez al cantor de la voz dulce, disfrazado de distinto modo. La hizo sentar en un banco cubierto de césped, al lado de una fuente, i mientras se miraban ambos, ebrios de amor, las currucas cantaban aspirando el ambiente que el hada benéfica esparcia a su alrededor. Excuso decirte las frases oídas por las discretas encinas, llenas de placer al contemplar tan largo tiempo unidos a los enamorados, tan largo tiempo, que una curruca de un árbol vecino tuvo tiempo de construirse mientras tanto el nido.

De repente los pesados pasos del Conde Euguerrand se dejaron oír en aquel sitio, haciendo temblar a la joven pareja; pero el agua de la fuente brotó más despacio, i saliendo Amorosa de la fresca corriente, rodeó a los amantes con sus alas i se deslizaron en un grupo por delante

del viejo, sumamente admirado de oir voces sin encontrar ningún ser humano.

Meciendo a sus protegidos, les repetía en voz baja:

—Soi la que protege los amores, la que cierra los ojos i los oidos de las gentes que no aman.

No temais, bellos amantes, amaos a la luz del dia, en los bosques, al borde de las fuentes, por todas partes por donde vayais, me hallo yo velando por vosotros. Dios me ha enviado a la tierra para que los hombres ajenos a todo sentimiento elevado no turben jamás vuestras puras emociones; me ha dado estas alas diciendo: «Ve i que los jóvenes corazones se regocijen.» Amaos, yo os protejo.

I se alejó humedeciendo sus labios con rocio, su único alimento, arrastrando a Lois i a Odetta en una vertiginosa danza con las manos enlazadas.

¿Quieres saber lo que hizo de los dos amantes? En honor de la verdad, querida mia, no me atrevo a decírtelo. Tengo miedo de que no me creas, o de que, celosa de su fortuna, no me quieras devolver ya mis besos. Pero veo que he picado tu curiosidad i no tengo más remedio que darte gusto. Sabe que el hada anduvo así hasta la noche, hora en que al querer separar a los amantes los vió tan tristes, tan tristes por tener que alejarse, que condolida de su dolor les habló al oido. Algo bueno les diria porque sus rostros resplandecieron i sus ojos expresaron un gozo inefable; terminó la diosa, consintieron ambos i tocó sus frentes con la varita mágica.

De repente.... ¡Oh! ¡Ninon bella, cómo abres tus asombrados ojos! ¡Cómo golpearias el suelo con tu pequeño pie si no terminara el cuento!

De repente, Lois i Odetta se transformaron en ramas de mejorana, tan bella que sólo de las manos de un hada pudiera salir otra semejante. Los dos unidos mezclaron sus hojas i cambiaron eternamente sus perfumes i su rocio.

El Conde Euguerrand se consoló de la pérdida de su sobrina contando todas las noches cómo el gigante Cabeza de hierro cayó por el terrible golpe recibido de manos de Giraldo de la fuerte espada.

I nosotros, Ninon, cuando recorramos el campo, juntos buscaremos las mejoranas, preguntándoles en qué flor se halla el Hada Amorosa. Tal vez se oculte en este cuento una moraleja; pero yo sólo te lo he contado, hija mía, para hacerte olvidar la lluvia de diciembre que azota los cristales e inspirarte en esta noche un poco más de amor para el pobre narrador del cuento.

EMILIO ZOLA.

A LAS PUERTAS DEL CIELO

JARJAILLE, mozo de cuerda de Saint-Rémy, ha dejado de existir i va a parar a la eternidad.

¡Rueda que rueda!

La eternidad es mui vasta, negra como la pez, profunda i desmesurada hasta causar pavor.

Jarjaille vaga en las tinieblas de la noche, castañeteando los dientes, tirando brazadas a ciegas.

Al fin, después de algún tiempo, distingue una lucecilla, lejos, mui lejos, i hacia allá se encamina.

Jarjaille llega a las puertas del cielo i llama presuroso.

—¡Pam! .. ¡Pam!... ¡Pam!...

—¿Quién va?—Grita San Pedro.

—Soi yo.

—¿Y tú quién eres?

—Jarjaille.

—¿Jarjaille de Saint-Rémy?

—El mismo.

—Pero galopín—dice San Pedro—¡no te da vergüenza querer entrar al Paraiso!... ¡Tú, que en veinte años ni una sola vez has ido a misa!... ¡Tú, que comías carne el viernes que podías i el sábado que tenias!... ¡Tú, que por burla llamabas a los truenos el tambor de los caracoles, porque los caracoles salen durante las tormentas!... ¡Tú, que a las santas palabras de tu padre: «Jarjaille, Dios te castigará,» respondias las más de las veces:

—¿Dios? ¿Quién le ha visto?... ¡Cuando uno se muere es porque está bien muerto!...

—Tú que blasfemabas i renegabas de Él, haciéndole temblar!... ¿Es posible que te presentes aqui, tú que estás dejado de la mano de Dios?

El pobre Jarjaille respondió:

—No digo lo contrario. Soi un pecador, un miserable pecador. Pero... ¿quién iba a sospechar que después de la muerte habia aún tantos misterios? En fin, confieso que me he equivocado. Pero al menos, Santísimo Padre, dejadme ver un instante a mi tío para avisarle lo que pasa en Saint-Rémy.

—Qué tío?

—Mi tio Materi, que era penitente blanco.

—¿Tu tio Materi? Está en el purgatorio por cien años.

—¡Por cien años!... ¿Pues qué ha hecho?

—Recordarás que llevaba la cruz en las procesiones... Un dia, algunos de sus compañeros acordaron divertirse a su costa.

I héte aquí que uno de ellos dice:

—«¡Mira a Materi, que lleva la cruz!»

Luego prorrumpe otro:

—«¡Mira a Materi, que lleva la cruz!»

Finalmente, un tercero, señalándole con el dedo, exclama:

—«¡Mira, mira a Materi qué lleva!»

Materi, impaciente, replica:

—«¿Lo que llevo?... ¿Qué llevo?... Si te llavara a tí, llevaría un aveztruz a cuestas.

—Se le subió la sangre a la cabeza i murió en un arrebato de cólera.

—¡Pobre Materi!... Entonces dejadme ver a mi tía Dorotea, que era tan... devota.

—Debe estar con el diablo, porque no la conozco.

—¡Oh! No me sorprende que esté en los infiernos.

—Jarjaille, no tengo tiempo de oirte porque voi a abrirle la puerta a un pobre barrendero, al que una mula, de una coz, acaba de enviar al Paraiso.

—Oh, Santísimo Padre! Ya que habeis sido tan bueno para mí, i que el mirar no cuesta nada, dejadme ver vuestro Paraiso. ¡Dicen que es tan hermoso!

—¡Pardiez!... Dificilillo me parece que deje entrar al Paraiso a un vil hugonote como tú...!

—¡Vamos, señor! Considerad que mi padre, que es marinero del Ródano, lleva vuestro estandarte en las procesiones.

—Bien, sea—dice el santo.—Por tu padre te lo concedo; pero ya sabes, buena pieza, en lo que has convenido. Introducirás solamente la punta de la nariz, lo indispensable para ver.

—Nada más.

Entonces, el celestial llavero entreabre la puerta i dice a Jarjaille:

—¡Vamos, mira!...

Pero al mismo tiempo, Jarjaille, dando una vuelta entra reculando en el Paraiso.

—¿Qué haces?—le dice San Pedro.

—Me ha cegado tanta luz—responde el mozo de Saint-Rémy—i he tenido que entrar de espaldas. Pero estad tranquilo: cuando haya introducido la nariz, no iré más lejos.

—¡Ea!—piensa el aventurado—le he dado el pie i se toma la mano. ¡I el mui gandul se ha entrado en el Paraiso como Pedro por su casa!

—¡Oh—dice Jarjaille—qué bien estais aquí! Qué hermoso es esto! ¡Qué música!...

Después de un momento, el santo portero dice:

—Cuando hayas mirado lo bastante... supongo que te irás... porque no tengo tiempo de estar aquí papando moscas.

—Por mí no os molesteis—responde Jarjaille.—Si teneis algo que hacer, podeis marcharos. Yo saldré... cuando salga. No tengo prisa.

—¡Oiga! Pues no es eso lo que habíamos convenido.

—¡Por Dios, santo varón! No hay que exaltarse tanto por tan poco. Si teneis que salir de aquí, ya es otra cosa; haced lo que tengais que hacer sin cumplimiento alguno. En cuanto a mí no hai que preocuparse... Gracias a Dios, no es sitio el que aquí me falta.

—Lo que digo es que salgas al momento, porque, si como temo, llega a pasar Dios...

—¡Oh! Esa no es cuenta mía; si viene Dios, arreglaos como podais. Yo siempre he oido decir: «El que esté bien que se esté quieto.» Yo estoi bien aquí, i aquí me quedo.

San Pedro sacudía la cabeza i golpeaba el suelo con el pie.

Al fin se fué a buscar a Ibo.

—Ibo—le dijo—tú que eres abogado, es preciso que me des un consejo.

—No uno, te daré dos i cuantos consejos necesites—respondió San Ibo.

—¿No sabes la que me ha venido encima?... ¡Buena la hemos hecho!... Me hallo en tal caso... me pasa esto... aquello... lo otro... i lo de más allá, i no sé lo que debo hacer.

—Es preciso—dijo San Ibo—buscar un buen procurador, i por medio de escribano hacer que Jarjaille comparezca ante Dios.

Buscaron un procurador; pero nadie ha visto un procurador en el Paraiso.

Buscaron un escribano; menos todavía.

San Pedro no sabia qué hacer ni a qué santo encomendarse.

En esto acertó pasar San Lucas.

—¿Qué tienes, Perico? ¿Por qué haces pucheros? ¿Acaso Nuestro Señor te ha calentado las orejas?

—¡Oh!—dice mi hombre.—Me ocurre un caso extraordinario i estoi entre la espada i la pared. Hai un galopín llamado Jarjaille, que ha entrado por sorpresa en el Paraiso i... aquí me tienes que no sé cómo echarle fuera.

—¿I de dónde es ese intruso?

—De Saint-Rémy.

—¿De Saint-Rémy?—dice San Lucas.—¡Ah, Dios mio, cuán bueno eres! Pues nada más sencillo que hacerle salir del Paraiso, como alma que lleva el diablo. Escucha. Yo soi, como sabes, amigo de los bueyes i patrón de los vaqueros; con este título corro por Arlés, Nimes, Beaucaire i Tarascón; conozco las costumbres de todo ese honrado pueblo i sé cómo es necesario tratarle...

—Mira, esas gentes se arrojarian al fuego por ver una corrida de toros... Aguarda un poco, yo me encargo de despachar a Jarjaille.

En aquel momento pasaba por allí, volando, un grupo de angelitos patudos.

—¡Muchachos!—gritó San Lucas.—¡Pts! ¡pts! ¡pts!

—Salid sin hacer ruido, del Paraíso, i, cuando esteis delante de la puerta, pasad corriendo i gritando como en Saint-Rémy:

—Los toros! Los toros!... Las banderillas!... Las picas!... Las banderillas!

Así lo hicieron los ángeles.

Salieron del Paraíso, i, ya delante de la puerta, se precipitaron gritando a voz en cuello:

—Los toros!... Los toros!... Oh! Eh! Oh! Eh!... Las picas!... Las banderillas!...

Apenas oye esto Jarjaille, Dios santo! se vuelve estupefacto i exclama:

—¡Rayos y truenos! .. También aquí hai corridas de toros!... Pronto!... Vamos allá!...

I se lanza a la puerta como un loco i sale del Paraíso. ¡Infeliz!

San Pedro, que estaba en acecho, empuja rápidamente la puerta tras él, echa la barra, i, asomando en seguida la cara a la ventanilla:

—Vamos, Jarjaille—le dice riendo—¿cómo estás ahora?

—¡Bah!—replica el mancebo.—Si realmente me dieran una corrida de toros, no echaría de menos mi parte de Paraíso.

I diciendo esto se lanza de cabeza en la eternidad.

ALFONSO DAUDET.

AMOR

Nací con todos los instintos del hombre primitivo, moderados por los razonamientos i las emociones de la civilización. Así, pues, nada tiene de extraño la afición que siempre he tenido a la caza.

Hace ya muchos años que al comenzar el invierno fui llamado por mi primo Carlos de Ranville, para ir a matar patos a una de sus posesiones.

Llegué a casa de mi primo una noche en que hacía un frío que helaba hasta las piedras.

Durante la cena, en el vasto comedor del castillo, Carlos me dió cuenta detallada de los preparativos que había dispuesto para la partida de caza.

Debíamos salir a las tres i media de la madrugada, a fin de llegar a las cuatro i media, al punto designado para dar comienzo a nuestra tarea, en el cual se había construído una choza de nieve para abrigarnos contra el viento terrible que precede al día.

Mi primo se frotaba las manos de gusto i decía:

—No he visto en mi vida una nevada como ésta.

A las diez de la noche estábamos a doce grados bajo cero.

Me acosté después de haber cenado, i a las dos me despertaron precipitadamente. Me puse una piel de carnero i encontré a mi primo cubierto con una piel de oso.

Tomamos dos tazas de té hirviendo seguidas de dos copas de aguardiente, i nos pusimos en marcha, acompañados de dos excelentes perros.

Al salir al campo me sentí helado hasta los huesos. Era

una de aquellas noches en que la tierra parece que está muerta de frío.

Carlos i yo ibamos el uno al lado del otro, con la cabeza inclinada, las manos en los bolsillos i la escopeta bajo el brazo.

De pronto, al extremo de un sendero, divisé la choza de hielo que para nosotros había sido construída expresamente. Entré, i como todavía debíamos esperar cerca de una hora, me eché en un rincón con objeto de descansar un rato.

Pero el frío de las paredes me impresionó de tal modo, que me puse a toser, lo cual alarmó un tanto a mi primo Carlos, quien me dijo:

—No quiero que pilles un catarro i vamos a encender lumbre.

Acto continuo dió orden de que cortaran unas ramas i encendiesen una hoguera, no sin que hiciera antes un agujero en el techo para la salida del humo.

Cuando la roja llama ascendió a lo largo de las paredes de cristal, comenzaron éstas a fundirse poco a poco, como si aquellas piedras de hielo hubiesen sudado.

Carlos que había permanecido en el campo, me llamó i me dijo:

—Ven a ver esto.

Salí i me quedé estupefacto ante el espectáculo que presenciaban mis ojos.

Nuestra choza en forma de cono, ofrecía el aspecto de un monstruoso diamante con un corazón de fuego en el interior.

En aquel momento se oyó sobre nuestras cabezas un grito errante i desesperado. El resplandor del fuego había despertado a los pájaros silvestres.

Nada tan conmovedor como esos primeros clamores de vida que circulan por los aires, antes de que aparezca en el horizonte la claridad del día.

Carlos dijo de repente a uno de nuestros servidores:

—Apagad el fuego; ya surge la aurora.

En medio de las sombras, estalló de pronto un vivo resplandor. Carlos acababa de disparar, i acto continuo los dos perros echaron a correr.

Desde aquel instante, mi primo i yo apuntábamos apenas veíamos de lejos una bandada de pájaros. I los perros nos traían presurosos las piezas muertas.

Había salido el sol, no nevaba i el día se presentaba espléndido i sereno. Ibamos a partir, cuando se deslizaron bruscamente por encima de nuestras cabezas dos pájaros con el cuello tendido i las alas desplegadas. Uno de ellos cayó a mis pies. Era un hermoso pato de plateado vientre i grandes proporciones.

A los pocos momentos se oyó en el espacio el grito estridente de una ave. Era un lamento triste i desgarrador, lanzado por un pájaro que daba vueltas en el espacio, encima de nosotros, contemplando a su compañera muerta, que tenía yo entre mis manos.

Carlos, con la escopeta en la mano, esperaba que el ave estuviese más cerca para disparar contra ella.

—Has matado a la hembra—le dije—i el macho no se moverá de ahí.

I, en efecto, no se iba, sino que daba vueltas alrededor nuestro.

Ningún sollozo me ha desgarrado jamás el corazón, como el llamamiento terrible de aquel pobre animal perdido en el espacio.

Emprendía a veces la fuga con la amenaza de la escopeta que seguía su vuelo, i parecía hallarse dispuesto a continuar solo su camino por el cielo. Pero no pudiendo resolverse, desistía de su propósito i volvía en busca de su compañera.

No tardó el ave en acercarse más i más, despreciando

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Apdo. 1625 Monterrey, México